La calle para el martes 20 de mayo de 2008
Diario de un espectador
Andrés Márquez
por miguel ángel granados chapa

El personaje inolvidable de las generaciones que fueron a la secundaria técnica de Pachuca al comenzar la segunda mitad del siglo XX fue el doctor Andrés Márquez. Lo fue también, en consecuencia, para este espectador, que asistió a la escuela de enseñanzas especiales tipo A número 15, de la capital hidalguense de 1954 a 1956. Por añadidura, en nuestro caso particular, el doctor Márquez fue también profesor de la escuela preparatoria del Instituto científico literario autónomo, el Icla. En la prevocacional nos dió el tercer curso de biología, y lógica en el bachillerato. Los profesores de la enseñanza media y superior no eran profesionales de la docencia (aunque de seguro no les caía mal, por exigua que fuera, la paga por ser catedráticos se les asignaba). Estaban entregados a sus profesiones y los negocios aledaños.

El doctor Márquez era una personalidad pública por muchas razones. Como cirujano vascular había ganado un prestigio que en aquellos años se expresaba diciendo que era “una eminencia médica”. Se contaban leyendas acerca de su reputación internacional, que contrastaba con la modestia de su persona que tal vez lo hacían desdeñable para quien tuviera en cuenta la apariencia y no su sabiduría. Era de corta estatura, y padecía fama de distraído que cotidianamente se confirmaba. Llegaba a clase con los tubos del estetoscopio saliendo del saco de su traje raído o de la bata que no era necesariamente blanca, pues no dejaba que la asearan con frecuencia. Si se permite un estereotipo, el color de su tez lo hacía más paquistaniano o indostano que mexicano, pues su piel morena era olivácea. Se escuchaban con dificultad su conversación y más todavía sus lecciones.

Pasaba así inadvertido, al punto de que algún rico de Pachuca se sorprendió cuando en la clínica Mayo de Rochester, a donde había ido en pos de un diagnóstico de primer mundo y la atención correspondiente, se le avisó que el mejor cirujano para casos como el suyo radicaba precisamente en la ciudad de donde provenía el millonario que, si sabía de su existencia, había desdeñado la posibilidad de hacerse atender por ese médico a quien se llamaba de los principales centros hospitalarios del mundo.

El monto de sus honorarios le permitió acometer una empresa extraña en Pachuca, donde no había más edificios sobresalientes que el Reforma y la Clínica minera, de no más de tres pisos. El doctor Márquez hizo construir uno de cinco, tarea que consumió varios años (y el resultado de muchos viajes a Rochester, suponemos). A pesar de que los acabados demoraron lustros y quizá nunca fueron colocados la hazaña de contar con el edificio más alto de Pachuca fue suya durante largo tiempo. Después del doctor Gilberto Quiroz Bravo y el ya citado ayer Francisco López, al doctor Márquez correspondió ser nuestro profesor de biología, el del tercer grado. Al aproximarse el final del curso, nos llamó aparte y nos encargó, en una práctica inusual, que preparáramos el cuestionario que serviría de examen final. Al comunicar a nuestros amigos más cercanos la buena nueva, quedó claro que les entregaríamos la prueba para hallar las respuestas sin esforzarnos en estudiar especialmente. Nos fuimos al cine en la víspera, incluido el autor del cuestionario que topó con la amarga sorpresa de recibir no el documento que había preparado sino el del año anterior.

Dos años después, en la preparatoria hizo lo mismo en el curso de lógica. Eran otros ya nuestros amigos pero también a ellos les facilitamos el beneficio de resolver la prueba antes de que el resto de los compañeros conociera su contenido. No quisimos caer en la trampa del curso de biología y “macheteamos” el de lógica para poder resolver cualquier interrogatorio. Pero nos hizo contestar el que habíamos preparado.